



Pablo Stefanoni: *¿La rebeldía se volvió de derecha?*

(223 pp., Buenos Aires: Siglo XXI, 2022)

Dan Abner Barrera Rivera

Pablo Stefanoni, argentino, doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires, fusiona su actividad académica con su trabajo periodístico. Sus áreas de investigación son historia y política latinoamericana. Desde 2011, es jefe de redacción de la revista *Nueva Sociedad*. Ha dirigido la edición boliviana de *Le Monde Diplomatique*.

Primero, hay un asunto de forma muy importante y tiene que ver con la portada: a la pregunta del título, le sigue el subtítulo “Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)”. Debajo, hay cuatro imágenes con sus nombres en inglés y, al final, aparece la letra inicial de cada palabra, que juntas forman una sigla. De manera nítida están: la estatua de la libertad (Liberty), una ametralladora (Guns), una jarra de cerveza (Beer) y el rostro del ex presidente republicano de Estados Unidos Donald Trump (Trump). La sigla que forman estas cuatro letras es: L G B T. Con esta carátula, el autor señala algunos de los temas o campos por donde transitarán sus ideas a lo largo de sus páginas. También es importante informar que esta es la octava edición del libro.

Los temas que se tratan corresponden al clima de época de estos últimos quince años. Tienen que ver con lo que sucede tanto en el campo de las ideas como de los movimientos y partidos políticos de la derecha en el mundo. A partir del título de la obra, encontramos una provocación para buscar en ella cuál será la respuesta. Desde las primeras páginas, el autor hace una invitación para que los lectores se sumen al debate y análisis de algunas ideas y temas, los cuales en un inicio fueron promovidos por los grupos progresistas, pero que gradualmente los han ido perdiendo. El texto está compuesto por una introducción, cinco capítulos, un epílogo y un glosario de 23 palabras. Para entender el libro es inevitable tomar en cuenta el glosario, porque hay términos y conceptos, algunos nuevos y otros resemantizados que son de gran valor. Los capítulos no son tesis cerradas, sino una exposición analítica de un abanico temático controversial, que actualmente es levantado como estandarte de lucha, por parte de agrupaciones políticas de derecha, en muchas partes del mundo. Por los distintos acontecimientos y personajes que se mencionan, se trata de hechos que están en plena vorágine. Pablo Stefanoni advierte el lugar personal desde



Licencia Creative Commons
Atribución-No-Comercial
Compartir Igual 4.0 Costa Rica

donde escribe (su locus de enunciación): “Ubicado en términos ideológicos en la izquierda, me fui interesando por una serie de transformaciones en el mundo de las extremas derechas. Básicamente en cómo se construyó un antiprogresismo de nuevo tipo” (p. 27).

El título del primer capítulo es una pregunta: “¿El fantasma de qué derecha recorre el mundo?”. En él se refiere a tres fuerzas políticas que están relacionadas entre ellas, y que cobran mucho vigor en los países del llamado Primer Mundo. La primera es la “extrema derecha 2.0”, que la conforman los movimientos políticos que en las últimas décadas han ocupado el espacio de la “derecha de la derecha”; ahí están los neoliberales autoritarios, los social-identitarios y los neofascistas. La segunda fuerza política es “el espectro de la derecha alternativa” que surgió alrededor de la figura de Donald Trump, caracterizada por su dosis de racismo y sexismo, que se propagó más allá de los Estados Unidos. A la tercera el autor la denomina las “utopías neorreaccionarias”, grupo vinculado al mundo tecnológico de Silicon Valley; son grupos que se oponen a la democracia y a la igualdad; creen que el Estado necesita ser curado de la democracia, y para que eso suceda se requiere que sea convertido en una empresa. El autor resume así lo que significan estos tres grupos políticos: “en sus diferentes versiones, estas derechas odian a los conservadores convencionales, que habrían capitulado ante el progresismo” (p. 60).

Con el sugerente nombre “La incorrección política o el juego de los espejos locos”, en el segundo capítulo Stefanoni desarrolla el

tema de lo que se conoce como el “marxismo cultural”, utilizado por los grupos de derecha para señalar que el comunismo sigue vivo en el siglo XXI y está en manos de los grupos progresistas. Aunque se derrumbó el socialismo real, este siempre ganó la batalla cultural, pero no es el triunfo de un partido único, sino de un frente muy amplio donde quepan agrupaciones desde la socialdemocracia hasta la extrema izquierda. El autor señala que la derecha piensa que la izquierda ha obtenido una victoria cultural que disimuladamente es totalitaria, y se ha establecido como “corrección política”. La derecha al oponerse a ese *statu quo*, entonces se constituye en “la incorrección política”; así pasó a adueñarse del campo opuesto (que siempre estuvo ocupado por la izquierda combativa). Una de las victorias culturales de dicho “marxismo silencioso” ha sido la imposición de la “ideología de género”, con actores y actrices protagónicos como el feminismo, las poblaciones LGBTI, la legalización del aborto, las normas de discriminación positiva, el lenguaje inclusivo, el ambientalismo, las clases de educación sexual en las escuelas, la militancia de los veganos o los animalistas, etc. La derecha para llevar a cabo esa batalla (contra)cultural ha convertido la *web* en su mejor campo de acción, y hace uso de todas las redes sociales posibles para visibilizar su lucha y hablar en nombre del pueblo que no está de acuerdo con las ideas que promueve el progresismo. Dice Stefanoni: “De esta forma, la transgresión cambia de bando: es la derecha la que dice “las cosas como son”, en nombre del pueblo llano, mientras que la izquierda -culturizada- sería solo la expresión del establishment y del *statu quo*” (p. 65).

A partir del debate de varios pensadores, el autor indica que algunas manifestaciones y prácticas como la degradación moral de la sociedad, la promiscuidad sexual, el hedonismo consumidor, entre otras, la derecha se las achaca al “marxismo cultural”, cuando en realidad eso es propio de las sociedades capitalistas, y nada tiene que ver con el marxismo. Stefanoni sostiene que cuando se dice “marxismo cultural” se quiere señalar “la idea de que la izquierda abandonó la batalla en la economía y pasó a liberarla con más éxito en la cultura. A falta de obreros radicales, la izquierda habría politizado diversas identidades para destruir los fundamentos de Occidente” (p. 73). En este capítulo también hay dos apartados en donde se analiza lo que el autor llama “La contrarrevolución digital” y “¿Cuatro años con un Joker en la Casa Blanca?”, mostrando así que la campaña y gobierno de Trump son las mejores evidencias del antiprogresismo en Estados Unidos, que tuvo un gran impacto internacional.

En el tercer capítulo “¿Qué quieren los libertarios y por qué giraron a la extrema derecha?”, el autor explica el reposicionamiento político que han tenido los libertarios, quienes en un principio abogaban por la libertad personal desde distintos ángulos (social, económico, político, cultural). Pero ahora, han terminado en una extrema derecha que contradice algunas de esas libertades personales que antes defendían. El que ha contribuido mucho para esto es el economista Murray Rothbard, perteneciente a la escuela austriaca de economía. Presenta las cercanías, distancias y debates entre este pensador y Ayn Rand, filósofa rusa de derecha, representante de la “filosofía objetivista”, promotora de las ideas racionalistas, ateas

y antiolectivistas. Los libertarios, en este viraje político, aunque mantienen la idea de la desaparición del Estado, aunque admiten que es imposible, sin embargo, en el afán de preservar las libertades, abogan por instituciones sociales como la familia, las iglesias y las empresas para que sean estas las que protejan a los individuos frente al Estado. En ninguna de ellas está ausente la autoridad, pero hay una diferencia: mientras que la pertenencia a la autoridad del Estado es obligada, la pertenencia a las otras instituciones que también tienen autoridad es voluntaria. Stefanoni resume las principales ideas de los libertarios de derecha extrema de la siguiente manera: el Estado es el origen del mal; el mercado libre es un imperativo moral; el Estado de bienestar es un robo; la ética igualitaria es moralmente condenable porque atenta contra la propiedad privada; la autoridad social es el contrapeso al Estado; y los valores judeocristianos son la garantía para un orden libre.

El autor explica que varias de las ideas y utopías de Murray Rothbard han tenido aceptación en los argentinos Agustín Laje y Javier Milei. Mientras que el primero se propone acabar con la “ideología de género”, el segundo quiere matar el virus keynesiano (cuando Stefanoni publica este libro, Milei aún no había sido elegido presidente del país sudamericano). Para el autor, dado que las ideas políticas de Rothbard han tenido acogida en Argentina, dice que este pensador estadounidense es capaz de unir teórica y políticamente a Milei con Laje, y a ambos con personajes defensores del terrorismo de Estado en ese país; así se evidenciarían en el caso concreto de Argentina “las claves del giro del libertarismo hacia la extrema derecha” (p. 129).

En el penúltimo capítulo, denominado “El discreto encanto del homonacionalismo”, Stefanoni analiza temas sensibles y controversiales como el racismo, la migración, el feminismo y la homosexualidad, en varios países de Europa. Estudia las escisiones y controversias que se dan en los movimientos de extrema derecha sobre esos temas. Uno de los protagonistas en Francia es Renaud Camus, con su teoría conspirativa llamada el “gran reemplazo”, cuya tesis (no probada) es que hay una élite mundial que colude contra la población blanca de Europa para reemplazarla con pueblos no europeos. Él sostiene que está bien que exista la diversidad, pero esta debe ser considerada siempre minoría, lo que significa que se la debe tener en un segundo lugar; el primer lugar lo ocupan los que son mayoría, los que él considera la “gente blanca”. Su argumento es que hace más de 20 siglos ya existía en ese territorio francés un pueblo, pero que en pocas generaciones otros vinieron a sustituirlo y ya no es el pueblo de antes. Stefanoni señala que la teoría del “gran reemplazo” no tiene respaldo demográfico ni estadístico. Camus, incluso, llega a decir que este es un problema que genera un malestar estético (o sea, los migrantes afean Francia). Este tipo de ideas conduce a actos violentos: “Pero si bien la radicalidad de Camus es puramente intelectual, otros han venido transformando la idea del “gran reemplazo” en un llamado a la acción criminal para defender a Occidente y evitar ser “reemplazados” (p. 138).

En este capítulo, el autor se refiere a personajes como Anders Breivik (noruego) y Brenton Tarrant (australiano) quienes, inspirados en las ideas del “gran reemplazo”,

en 2011 y 2019, respectivamente, cometieron grandes masacres, y hoy todavía siguen siendo vistos como personajes importantes en los foros de extrema derecha en Internet. Camus llega al desatino extremista de afirmar que su teoría es un fenómeno que está a la altura de la Guerra de los Cien años o de la Revolución Francesa.

Con el subtítulo de “¿Gays y fachos? ¿Por qué no?”, Stefanoni demuestra que la población gay, que muchos piensan que forma parte de los grupos progresistas, sucede que en Alemania, Holanda, Francia y Australia militan en movimientos o partidos políticos de extrema derecha. Entre las causas que explican esa posición está la cruzada islamofóbica de los partidos de extrema derecha contra la “amenaza islámica”. El escritor Didier Lestrade, figura reconocida del movimiento gay, afirma: “asistimos al potenciamiento en Europa, desde el comienzo de la década de 2000, de una nueva forma de extrema derecha que ha logrado el tour de force de ser al mismo tiempo xenófoba y progay” (pp. 142-143). Cree que esa gente es peligrosa porque son inmigrantes y son islamistas. Además, la “extrema derecha encontró que la denuncia de la homofobia (siempre de los musulmanes) puede serle redituable ya que es la muestra más moderna, progresista y defensora de los valores republicanos occidentales, al tiempo que despliega un discurso racista y antiinmigración” (p. 147).

Stefanoni revela el crecimiento del mercado transnacional dirigido a la población gay de clase media y media alta; por ejemplo, la adopción de vientres de alquiler y el turismo (gay): el mercado los tiene bien estudiados, al no tener hijos, entonces la

capacidad de consumo y de viajes es mayor. Desde hace varios años, la ciudad de Tel Aviv, con el apoyo del Estado, aspira a ser la capital mundial del turismo gay. La publicidad no podía ser mejor: “Israel, el encanto de Oriente Medio con la libertad de Occidente”. El autor explica que eso es todo un éxito: “con abundantes fondos públicos, que contribuye a potenciar la imagen de democracia, progreso y modernidad que Israel busca proyectar frente al atraso -y homofobia- de sus vecinos árabes, pero también frente a los retrocesos democráticos internos en la era Netanyahu” (p. 149).

El último capítulo se denomina “Heil Pachamama: ¿nave Tierra o bote salvavidas?”, en el que el autor trabaja el tema del ecologismo. Muestra, contrario a lo que se creía que este estaba asociado a los grupos políticos de izquierda, se encuentra en manos de la derecha extrema con una orientación ecofascista. Sobre el problema ambiental hay un abanico de posiciones que va desde las más humanitarias (todos estamos siendo afectados, por lo tanto, todos debemos salvarnos juntos), hasta los que creen que hay una población sobrante que debe desaparecer (son desechables). El ecologista estadounidense de derecha Garret Hardin propuso la idea del “bote salvavidas” en el cual no tiene lugar la justicia para todos, porque si todos suben al bote, este se hunde; por lo tanto, la sobrevivencia dentro del bote solo será posible si se monta guardia permanente contra abordajes inadecuados. Ante el avance del cambio climático, la “alternativa” de las naciones ricas es construir fortalezas para proteger los recursos para ellos y endurecer las fronteras para evitar

el ingreso a los inmigrantes hambrientos e indeseables; analiza la máxima de los ecologistas de derecha: “salvar árboles, no refugiados”. Para los ecofascistas la única manera de salvar el planeta es que cada uno viva en su región de origen y se evite el multiculturalismo. En el centro de esta propuesta está el rechazo a la migración no blanca, porque produce sobreproducción. La posición de estos grupos llega al extremo de afirmar que para salvar el medio ambiente no importa que haya que asesinar a personas. Para los ecofascistas, la inmigración es un problema ambiental, de ahí que pregonan que un verdadero nacionalismo también debe ser ambientalista; los inmigrantes no blancos son vistos como invasores. Unen lo racial y lo ambiental, “el crecimiento poblacional, mayor entre los no blancos, amenaza no solo la supervivencia de la “raza blanca” sino del planeta entero” (p. 178). El autor hace una cita contundente de la tecnóloga Sarah Manavis: “Debajo de las imágenes de paisajes idílicos y retórica ecológica, los ecofascistas están impulsando una ideología asesina y racista en nombre de la protección del planeta” (p. 179).

El autor presenta un posible escenario futuro respecto a la crisis ambiental: en la medida en que esta se agudice crecerá el etnonacionalismo (con su correlato del negacionismo climático), que desde ahora despliega la consigna: “Plantar árboles; salvar los mares; deportar los refugiados” (p. 180). La sociedad vive una gran politización ambiental, especialmente el sector juvenil. Para Stefanoni, aunque el ambientalismo como el feminismo son banderas que han generado grandes movilizaciones de los sectores más progresistas, la derecha

ha sido mucho más activa capitalizando esta situación en el nivel mundial. En Francia, por ejemplo, se habla de una “ecología patriótica” cuyos objetivos son proteger el ambiente, el pueblo francés, su cultura, su patrimonio y su identidad. Y lo mismo se replica en otras naciones pertenecientes al Norte Global. Al respecto, la pregunta del autor es muy importante: “¿la “desesperación ecológica” podría terminar por legitimar salidas antidemocráticas?” (p. 182). Citando a la periodista Kate Aronolf, Stefanoni dice: “el horror del cambio climático puede no estar tanto en la violencia intrínseca de los huracanes o las olas de calor como en las formas que las sociedades elijan para afrontarlos” (p. 183).

El libro inicia con una pregunta y en el epílogo concluye con otra pregunta: “¿Y entonces?”, donde Stefanoni recuerda que lo que se propuso exponer en este texto son dos ideas principales: primero, hacer una lectura de la realidad y de los movimientos de las derechas del mundo, especialmente en los países del Norte Global y, en segundo lugar, advertir sobre algunos fenómenos sociales, políticos y culturales que, aunque pareciera que recién están en gestación, pronto podrían alcanzar dimensiones más grandes.